

hombre? ¿de qué manera rehusarás el contemplar su rostro?... ¡Ah! no huyas ni tiembles: esta vez no viene armado, ni trata de castigar tus iniquidades: viene á salvarte y para que no digas:—*He oido tu voz y me he ocultado*, viene niño y sin voz.... no es á tí á quien debe aterrarse su aliento.... se ha hecho pequeñuelo, y la Virgen su Madre cubre sus miembros delicados con toscos y pobres pañales. »

De tal manera habla San Bernardo de las nuevas relaciones del hombre con Dios: el trozo anterior es bellissimo, consolador y delicado.

Al tratar de la Virgen, San Bernardo se eleva, se engrandece á nuestros ojos: amante de la poesia, parecele frívolas las sutilezas de la escuela, y la Escritura llega á ser su única luz, la palabra divina su alimento y su vida la meditacion.... su gran poder es la palabra, y con ella hace prodigios cuando no se conocian las maravillas de la elocuencia clásica (1).

Sermones enteros necesitaríamos citar para dar á conocer la elocuencia casi seráfica de San Bernardo. Hablando de la Madre de Dios, dice:

«El nombre de la Virgen era *María*. Digamos algunas palabras acerca de este nombre, que significando *estrella del mar*, conviene perfectamente á la escelsa Señora que llevó á Dios en su seno.

(1) Esto dice el señor Muñoz y Garnica en su *Coleccion de Sermones Panegíricos*, libro que bastaria á cimentar una reputacion si la del señor Garnica ya no lo estuviese. No podemos hacer otra cosa, en tributo de justa admiracion hácia los discursos de tan modesto sacerdote, que recomendar su lectura á los jóvenes como medio seguro de predicar bien.

Con razon es comparada María á un astro, porque así como la estrella envia sus rayos sin alterarse, del mismo modo la Virgen dá á luz un Hijo sin perder ni un átomo de su pureza. El rayo de luz no disminuye la claridad de la estrella, así como el Hijo no quita nada á la integridad de la Virgen.

María es la noble estrella de Jacob, cuyo rayo ilumina todo el universo, y cuyo esplendor alumbra los mas elevados parajes y penetra en los mas recónditos abismos. María recorre la tierra y anima las almas vivificando las virtudes y consumiendo los vicios. María es la brillante estrella elevada sobre el inmenso mar, resplandeciente en virtudes y radiante en ejemplos. ¡Ah! quien quiera que seas, tú pecador, que atraviesas el desierto de la vida, que fluctúas en medio de huracanes y tempestades mas bien que caminas por tierra, no apartes los ojos de aquella luz, si quieres evitar el naufragio, la muerte en el fondo de las embravecidas olas. Si el viento de las tentaciones se levanta; si corres hácia los escollos de las tribulaciones; alza los ojos hácia esa *estrella*, invoca confiado á María. Si la cólera ó la avaricia ó la seducción de la carne hacen zozobrar tu frágil barquilla, levanta los ojos hácia María. Si la memoria de vergonzosos crímenes; si los remordimientos de tu conciencia; si el temor del juicio te arrastran hácia el golfo de la tristeza, ó hácia el abismo de la desesperacion, piensa en María, invoca á María, coloca su nombre bendito en tus lábios, y llévalo siempre grabado en tu corazon; de este modo alcanzarás el apoyo de sus súplicas y el ejemplo de sus virtudes. Siguiéndola, no te apartarás del verdadero camino; implorándola, tendrás confianza, y pensando en ella evitarás el error. Si María te conduce de la mano, no puedes caer; si te protege, no tienes que temer; si te guia, no sentirás fatiga; y si su amparo te lleva hasta el término, en tí mismo experimentarás con cuánta razon se halla escrito: «El nombre de la Virgen es *María*.»

Muchas veces el pensamiento de San Bernardo toma un

aire de profunda melancolía; carácter que se advierte en especial en su admirable discurso sobre la Pasion, en el cual examina sucesivamente la obra, la causa y el modo de aquel misterioso sacrificio del justo, hecho en aras del altar de la justicia de Dios.

«Ved ahí, esclama, ved ahí al Redentor anonadado como el último de los hombres, el hombre de los dolores, á quien Dios castiga y humilla; ¿hay nada mas humilde ni mas elevado?... ¡Oh humildad! ¡oh grandeza! ¡ludibrio de la humildad, gloria de los ángeles!—¿Será sin virtud semejante sacrificio?...»

Casi sospechamos ver en estas palabras el origen de la sublime antítesis de Pascal sobre las miserias y grandezas del hombre. Pero en el mismo discurso hay un cuadro de la condicion humana, al cual se asemeja mas el estilo del autor de los *Pensamientos*.

«Nuestro origen, dice, es la miseria, nuestro abrigo la oscuridad, y venimos al mundo por el dolor. Antes de nacer nos anunciamos molestando á nuestras mádres; al salir de su vientre las desgarramos como víboras, esponiéndolas á sucumbir, y es nuestro grito primero un grito de dolor.... con razon es esto, porque entramos en el valle de las lágrimas, y la esperiencia nos dice cuan aplicable nos es la sentencia de Job: «El hombre nace de mujer; su vida es corta y llena de infinitas desgracias.»

El hombre nace de mujer; ¿qué principio mas miserable? Su vida es corta; ¿para qué envanecerse con los placeres de la carne? Y llena de desgracias; no hay, pues, libertad en tan pequeño espacio. Si, si; desgracias infinitas, ¡miserias, miserias innumerables! miserias del cuerpo, miserias del corazon, mi-

serias durante el sueño, miserias durante la vigilia, miserias por todos lados.»

La efusion de San Bernardo es aun mas viva en los peligros de la fé; porque entonces defiende el principio mismo de su fuerza, y sabe que si la opinion de un hombre llega algun dia á prevalecer sobre la autoridad de las Escrituras, se estremecerán los fundamentos del edificio católico y su vacilacion acarreará la de todas las instituciones que le son queridas. Abelardo habia dicho que contra el testimonio de todos los doctores de la fé, opinaba que Jesucristo no vino para libertar al mundo del imperio del demonio, porque este solo habia sido el carcelero, y nó el señor de los hombres. Semejante temeridad de la razon individual causó la indignacion de San Bernardo; ved aquí de qué manera tan enérgica supo combatir esta heregia:

«Decidme, cristianos, ¿qué os parece mas repugnante en esas palabras, la blasfemia ó la arrogancia? ¿Qué hay en ellas de mas censurable, la novedad ó la impiedad? ¿No seria mas oportuno cerrar con mordaza semejante boca, que refutar sus blasfemias con el razonamiento? ¿no provoca contra sí las iras de todos, ese cuya mano se levanta contra nosotros? Todos, dice, piensan así, y yo pienso de otro modo. Pues bien, ¿quién eres tú? ¿qué nos ofreces mas ventajoso? ¿qué útil y admirable descubrimiento has hecho? ¿qué secreta revelacion nos muestras que se haya pasado á los santos y quedándose oculta á los sábios?»

Indudablemente ese hombre nos vá á servir una bebida secreta y un manjar por mucho tiempo ignorado. Habla, pues; dinos qué es eso que á tí te parece y que á nadie le ha parecido antes.—¿Conque el Hijo de Dios se hizo hombre para

otra cosa que para la libertad del hombre?—En verdad que á nadie le ha parecido esto, sino á tí.—Pero veamos; ¿dónde lo has aprendido? No lo has recibido ni del sábio, ni del Profeta, ni del Apóstol, ni de Dios. El maestro de las naciones confiesa que pertenecía á Dios lo que trajo á la humanidad; el maestro de todos confiesa que su doctrina no le pertenece. *No hablo*, dice, *por mí*; mas tú, por el contrario, nos das lo tuyo, nos das lo que no has recibido de nadie.

El que miente habla por sí mismo: sea, pues, para tí, para tí solo lo que viene de tí: en cuanto á mí, oigo á los Profetas, á los Apóstoles, y obedezco el Evangelio.

Tú nos formas un nuevo Evangelio, pero la Iglesia no puede admitir un quinto evangelista.

¿Qué nos dice la ley, qué los Profetas, los Apóstoles y sus sucesores? nos dicen lo que tú solo niegas, esto es, que Dios se hizo hombre para libertar la humanidad. Luego si viniera un ángel del cielo para anunciarnos lo contrario, ese ángel sería como tú anatematizado.»

La lógica y la vehemencia rivalizan, en el trozo que acabamos de transcribir. ¡Qué esplosion motiva el rudo ataque contra la fé cristiana! ¡Qué santa cólera contra aquel hombre, que osado intenta oponer su razon á la autoridad, y su creencia individual á la creencia universal! ¡Qué defensa mas admirable, qué protesta mas enérgica contra el mensajero celestial que viniese á dar un mentis á la fé del género humano! A los ojos del intrépido creyente nada puede sobreponerse al Evangelio, y ni aun al cielo mismo concede el derecho de retirar su palabra ó contradecirla. La duda, ese principio de incurable flaqueza, nunca pasó por la mente de San Bernardo, y la seguridad que le infunde su conviccion valia tanto como sus argumentos para combatir á sus adversarios. Así es como en el concilio de Reims cerró la boca á Gilberto de la Poree,

cuando este, creyendo hacerle retroceder, decia:—*Escribid ahora que la divinidad es lo mismo que Dios*; y sin vacilar repuso:—*Sí, escribase; pero con pluma de hierro ó con punzon de bronce.*

El trascurso de los siglos no ha sido bastante á enmudecer la voz del orador insigne cuyo elogio hacemos; colocado en dias calamitosos para la Iglesia es antorcha de vivísima luz destinada á alumbrar el sendero de la humanidad durante su vida: la cátedra sagrada resuena todos los dias con los preciosos comentarios y las sublimes meditaciones del doctor *melífluo*: el testimonio de los siglos añade nuevo valor á su elocuencia: sus palabras, que como dice San Buenaventura, emanaban de su corazon, vivirán eternamente; su boca fué *vaso precioso*, segun Santo Tomás de Aquino; *boca de oro* que ha embriagado al mundo con el vino de su dulzura. Si alguno se atreviese á escribir contra Bernardo, decia Gerson, tanto valdria como herir la pupila de los ojos de la Madre de Dios. Iniciado en los secretos del cielo, alumbró la Iglesia con una luz celestial, en opinion de Guillermo, Arzobispo de Paris. Confundió á los hereges, dice Theobaldo, atrajo á los cismáticos, destruyó los errores y reprimió las potestades. Lutero le considera superior á todos los doctores; Hesse ensalza su devocion; Canisio dice que su celebridad se extendia por Francia, Alemania é Italia; Bucero le llama *hombre de Dios*; Ecolampadio decia: *Excellebat Bernardus exactiore iudicio omnes sæ ætatis viros*; y por último, Calvino escribe: *Bernardus abbas in libris de Consideratione ita loquitur, ut veritas ipsa loqui videatur.*

Terminemos reuniendo algunos otros trozos de la elocuencia de San Bernardo.

El año 1138 el orador cristiano perdió á su hermano Gerardo: he aquí varios fragmentos de la oracion fúnebre pronunciada en su elogio:

« ¿Para qué he de ocultaros, hijos míos, el fuego oculto que abrasa mi pecho y devora mis entrañas? ¿qué hay de comun entre el tema de mi discurso y mi amargura? He violentado á mi corazon disimulando hasta aquí; temia que pudiérais creer que la afliccion triunfaba de la fé... Pero este dolor comprimido ha crecido y se ha hecho mas intenso... Confieso que estoy vencido, y es necesario que lo que interiormente padezco se manifieste en el exterior; sea esto á la vista de vosotros, hijos míos, que conociendo la pérdida que acabo de sufrir, debeis dispensar mi debilidad con mayor indulgencia y proporcionarme mas dulces consuelos.

Sabeis hasta qué punto es justa mi afliccion, y digno de lágrimas el golpe que acabo de experimentar: todos conociais cuán fiel era el compañero que me abandona y deja solo en el camino que juntos recorrimos; cuánta era la vigilancia de sus desvelos, la actividad de sus trabajos y la dulzura de sus costumbres. ¿Hay alguno que pueda serme tan necesario? ¿alguno que me ame tan cariñosamente? Era mi hermano por nacimiento y mas aun por la religion. Os ruego compadezcáis mi suerte vosotros que sabeis todo esto.

Era yo débil de cuerpo, y él me sostenia; pusilánime, y me fortalecia; perezoso y negligente, y él me despertaba, sin impaciencia y con amor... ¿Por qué me ha sido arrebatado? ¿por qué has huido de mí, tú cuya alma se confundia con la mia, varón segun mi corazon? Jamás nos separamos, ¿cómo nos hemos separado ahora?.. ¡Amarga separacion, que solo la muerte podia ejecutar! porque ¿cómo hallándote vivo me hubieras dejado durante mi vida? Este horrible divorcio es por completo obra de la muerte. ¿Quién sino la muerte, enemiga de toda dulzura, no hubiera respetado el gratisimo

vínculo de nuestro mútuo amor? ¡Oh muertel bien has triunfado, pues tu furor con un solo golpe ha hecho dos víctimas.»

San Bernardo continúa exhalando su dolor al recordar todas las virtudes de su hermano, todos los servicios que de él recibió y todos los testimonios de su amistad, y como para justificar sus congojas añade:

«Su alma y mi alma, su corazon y mi corazon eran un solo corazon y una misma alma; el cuchillo que los ha herido ha dividido una sola vida por mitad. El cielo ha recibido una de estas mitades, la otra ha quedado en el lodo. ¡Y á mí, á mí que soy esa miserable porcion privada de la mejor parte de sí misma, me dirán:—*No llores!* Las entrañas se han salido del pecho, y me dirán:—*No padezcas!* Padezco, y padezco á pesar mio, porque mi valor no es un valor de piedra, y porque mi carne no es de bronce; padezco y me quejo, y mi dolor está siempre delante de mí.»

Por último, al terminar aquella larga lamentacion recuerda, que cuando su hermano estaba muriéndose en Italia, por único favor le habia pedido á Dios le diese á Gerardo fuerzas para concluir su viaje, y que no lo llevase á sí, sino despues de su regreso á Clairvaux.

«Señor, esclama, me has oido. Mi hermano se restableció, y despues de concluir la tarea que tú nos habias impuesto, volvimos con alegría en el corazon y cargados con nuestros pacíficos trofeos. Casi habia yo olvidado nuestro convenio, pero tú lo has recordado. Tengo vergüenza de estos sollozos que me acusan de prevaricacion; pero basta, tú has recobrado tu bien y has reclamado á tu servidor. Estos llantos marcan el término

de mis palabras; á tí, Señor, corresponde el marcar el término y medida de mis lágrimas.»

Esta oracion fúnebre, comenzada por una involuntaria explosion del dolor, y concluida bruscamente con sollozos, es el mas irrecusable monumento de la sensibilidad de San Bernardo.

El espíritu de proselitismo y la necesidad de ganar almas para la vida religiosa, dictan al santo encantadoras pinturas de la alegría interior de los justos, en oposicion con los agitados placeres del siglo.

«No puedes, dice al jóven Foulques, á quien su tio habia sacado del cláustro por el incentivo de los honores y de los placeres del mundo, no puedes beber al mismo tiempo el cáliz del Señor y la copa del demonio. La copa del demonio es la soberbia, la acritud y la envidia, la crápula y la embriaguez; y cuando este impuro licor haya llenado tu espíritu y tu estómago, ya no tendrás lugar para Jesucristo. No te admires de lo que voy á decirte: en la casa de tu tio no puedes beber el cáliz del Señor. ¿Por qué? Porque en una casa de delicias el espíritu y la carne no pueden hallarse unidos. Jesucristo, al ver esa embriaguez de los sentidos, no se dignará acercar á vuestras almas su bebida, mas dulce que la miel.»

Al final de esta carta, escrita á su sobrino Roberto, á quien el deseo de la ociosidad y de buscar una regla menos austérea, habian hecho pasar de Clairvaux á Cluny, San Bernardo esclama:

«Levántate, soldado de Jesucristo, levántate; sacude el polvo que te cubre; torna al campo de batalla para luchar con

mayor ardor, despues de tu fuga, y alcanzar el mérito de la victoria. Jesucristo cuenta muchos soldados que comenzaron valerosamente, perseveraron y vencieron; pero hay pocos que, habiendo hecho traicion, hayan arrastrado los peligros que evitaron, y puesto en fuga al enemigo ante el cual habian huido.... Por otra parte, si eres tímido, ¿por qué temes donde el temor no tiene cabida, y no temes donde es legitimo? ¿Piensas que por haber huido no estás al alcance de manos homicidas? El enemigo quiere mejor la fuga que el combate, y estrecha con mayor osadía á un fugitivo que le presenta la espalda, que á un atleta que le ofrece su pecho con denuedo. Despues de haber arrojado tus armas, te duermes descuidado hasta muy entrado el dia, hasta la hora en que Jesucristo salió del sepulcro, é ignoras que hallándote mas débil y desarmado, te haces menos temible á tus contrarios, que asedian en tropel tu morada mientras estás durmiendo, que pasarán el foso, violentarán las cercas y penetrarán sin riesgo por la puerta.... ¿Es mas seguro para tí que te sorprendan solo, que con tus compañeros; acostado y desnudo en tu cama, que armado y de pié en la arena del combate?...

Levántate, ármate, vuelve á buscar á los tuyos, de quienes has desertado, y reúnate á ellos el temor mismo que te separó. ¡Soldado afeminado! ¿por qué temes el peso y dureza de las armas? ¿No sabes que el ardor de la pelea y el silbido de las flechas aligeran el escudo y hacen insensible la pesadez del casco y de la coraza? Al pasar de la sombra al sol, de la ociosidad al trabajo, todo parece penoso al principio; mas en proporcion que se pierden los antiguos hábitos para adquirir los nuevos, los obstáculos se allanan, y lo que se creía imposible, se hace fácil en virtud de la costumbre. Aun los mas valerosos soldados se turban al oír los primeros ecos de las trompetas; mas cuando se empeña el combate, la esperanza de la victoria y el temor de la derrota los hace intrépidos. ¿Qué podrias temer rodeado de tus hermanos, al amparo de sus armas, con los ángeles junto á tí y Jesucristo á su cabe-

za animando á los suyos con su voz y diciendo: *Tened confianza, yo he vencido al mundo?*

Si Jesucristo está en favor de nosotros, ¿quién está contra nosotros? Puedes permanecer tranquilo acerca del combate, porque estás seguro de la victoria. ¡Oh! por favor combate lleno de seguridad con Jesucristo y en favor de Jesucristo; ni herido, ni arrojado al suelo, ni hollado con los piés, ni mil veces muerto, si mil muertes fueran posibles, serás privado de la victoria, á no ser que huyas, porque la fuga es la única causa de tu derrota. Huyendo puedes perder la victoria; muriendo, nó. ¡Dichoso tú si mueres en el combate, porque ya muerto, serás coronado! ¡Desgraciado de tí, si huyendo el combate, pierdes juntamente la victoria y la corona!»

Los trozos que acabamos de reunir son suficientes para dar una idea exacta de la elocuencia de San Bernardo: ellos demuestran sus grandes cualidades, sin disimular sus defectos. A veces se vé al retórico al lado del orador, pero sin que este desaparezca, porque la verdad del sentimiento, la grandeza de las ideas y el vigor lógico, subsisten aun en el prurito de la espresion. Respecto á lenguaje, San Bernardo sigue mas bien la escuela de San Agustin que la de Ciceron. Busca sus efectos, no solo en el contraste de las ideas, sino en la relacion de los sonidos que refuerzan el choque de las antítesis. Por lo demás, la forma antitética es tan natural á la mente de San Bernardo, que parece ser espontánea. Cierto es que esa forma se producía sin esfuerzo, porque el trozo último que hemos citado, y el cual no es menos notable por el lujo de las antítesis y de las metáforas, que por el giro de las ideas, es la menor parte de una larga exhortacion dictada de prisa por San Bernardo en el jardin de Clairvaux, y no trabajada esmeradamente en el silencio de su celda, segun quizá se creeria.

La oscuridad mistica desfigura en ocasiones los sermones de tan ilustre orador, porque como se halla persuadido de que en las Sagradas Escrituras y en la vida de Jesucristo no hay un solo hecho ni una sola palabra que no tenga un sentido simbólico y misterioso, sondea estas ocultas profundidades sin llevar á ellas por completo la luz. Sea lo que fuere de tales defectos, si unimos la vida con las obras del santo que nos ocupa, no vacilamos en recordar la antigua definicion del orador. Su palabra es poderosa, porque es sincera: trata menos de hacerse aplaudir, que de persuadir y conmover, y podrian aplicársele sus propias palabras: *Illius doctoris libenter audio vocem qui non sibi plausum, sed mihi planctum moveat.*

San Bernardo era hábil para escitar los aplausos, igualmente que los sollozos. Conocia tambien que es preciso unir con la autoridad de la palabra los ejemplos de una vida irrepreensible. Así nos dice: «Un pastor que posee la ciencia sin practicar la virtud, hace menos bien con la fecundidad de su doctrina que mal con la esterilidad de su vida.» La critica debe señalar las faltas que se encuentran mezcladas con las grandes dotes oratorias de San Bernardo; pero debe reconocer que aquellas no oscurecen su brillo; porque si el poder del genio no evita siempre los extravíos del gusto, por lo menos los cubre y los hace olvidar.

San Bernardo murió el dia 20 de agosto del año 1153 á los 63 años, terminando con él, hasta la renovacion de las letras, los grandes modelos de la Elocuencia cristiana.